

## De guerrillero a defensor de los DD.HH.

Soy Leonardo Zuluaga Rubio; el 18 de noviembre de 1990 nací en el bello municipio del Líbano (Tolima), Colombia. Viví en el corregimiento de San Fernando, un pequeño caserío incrustado en medio de las frondosas y verdes montañas tolimenses; un caserío humilde, bañado por dos hermosos ríos que ahora están en riesgo por las extensas plantaciones de café, la exploración minera de oro y los vastos terrenos ganaderos que de forma directa o indirecta terminan contaminando sus transparentes aguas: aguas en las que viví las experiencias más bonitas de mi infancia, no había nada mejor que irnos con todos los niños y niñas del caserío para los charcos que hacíamos en los ríos.

En San Fernando no era fácil vivir inicialmente, allí tenía presencia el E.L.N. (Ejército de Liberación Nacional), luego, llegaron las F.A.R.C. (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia); sin embargo, nosotros los niños, no alcanzábamos a comprender la dimensión que significaba su presencia en nuestro territorio, a pesar de su presencia y algunos combates entre ellos por territorialidad, los niños éramos felices, nos gustaba salir a la montaña a caminar, a buscar moras de monte, a buscar aguacates para comer, guayabas... nos gustaba irnos a las moliendas de caña de panela. Mi familia, muy sencilla: trabajadora, campesinos todos.

Yo no estudié, llegué hasta el grado primero de Primaria, Y cursando el grado segundo, deserté de la escuela, después de abandonar la escuela me dediqué de lleno al campo a cultivar con amor, sí, con amor porque cada vez que siembras una planta estás sembrando amor.

Colombia es un país donde no es fácil ser niño y mucho menos niño campesino, debido a la fuerte confrontación entre bandos de la guerra, aquí debes saber vivir, de lo contrario vas a morir; esa es la ley de la guerra, en medio de esa ley, caí siendo un

niño de 10 años, fui torturado por las tropas del gobierno colombiano en medio de un falso positivo, donde junto con otras cuatro personas adultas, nos señalaron de ser guerrilleros de las F.A.R.C.

Era un 24 de diciembre nunca se borrará de mi mente, pues como si hubiera sido poco ver dos municipios destrozados por la guerra, esa misma, noche de manera directa, durante cerca de 9 horas, militares enterraron agujas en mis testículos y en mis dedos; ponían en mi cabeza bolsas plásticas, fracturaron mis manos, despedazaron mi alma y me llevaron a cruzar la línea del odio, el dolor, el resentimiento y me obligaron a beber de la copa de la venganza; por eso, dos meses después de dicha tortura, me uní a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); cada punzada de aguja que sembraron en mí los soldados me hicieron recordar el dolor de Jesucristo.

Sentí lo difícil de ser inocente y padecer la fuerza de unas personas supuestamente legitimadas para acabar con la vida de los demás; para acabar con su pueblo, para acabar con la esperanza de una vida mejor.

Inició mi vida de rebelde como guerrillero de las FARC, a los 10 años recibí mi primer revolver calibre 32, con el cual debía hacerme un guerrillero respetado en medio de la guerra. Paso el entrenamiento básico y regresé a mi pueblo, ya no siendo el mismo niño trabajador, sencillo y callado; ya era uno de los jefes, de los importantes y tenía voz para decir qué se hacía y qué no. Ya no era ese niño callado, tímido, ya me sentía un hombre.

A pesar de que sólo era un niño, poco a poco ese demonio de la guerra se adueñaba de mí; cada segundo que pasaba, me aferraba más a esa familia llamada FARC, sí una familia, pues terminó siendo todo lo que yo conocía en mi corto recorrido de vida.

A mis 15 años, como en una lucha entre ángeles y demonios, como un duelo por rescatar un alma, llegó la captura, fui aprehendido y llevado a un correccional de menores. Entre las rejas, el desespero, en medio de la más profunda depresión desde

mi calabozo, prometí que cambiaría, y lucharía por Colombia: buscaría la paz, la verdad y la reconciliación.

Creo que esas oraciones fueron escuchadas, pues llegó mi orden de libertad. Una vez más el Gobierno había violado mis derechos y la rama judicial, determinaba que era una víctima del Estado y que debía ser liberado y protegido con el fin de que se logran desarrollaran mis derechos como niño.

Desde ese momento mi vida cambió y regresé a la escuela. Una familia me abrió las puertas de su casa y me crió como si fuera su hijo; terminé la Primaria, y el Bachiller; luego ingresé a estudiar una tecnología, conocí a mi esposa, llegó nuestro primer hijo, Jhan Carlos el cual estudia en Fe y Alegría la Paz de Manizales (Colombia).

Muchos tienen miedo de la historia y más explicar todo lo ocurrido en ella, pero hoy ésta HISTORIA te la cuento a ti...sí a ti...

Creo que solo desde ahí, cuando uno tiene el coraje de escribir, ver las cosas dolorosas y las cosas alegres, las malas y las buenas, se puede construir algo distinto.

Hoy soy "**líder social**", me entrego por la causa de la paz; soy defensor de los Derechos Humanos, me siento feliz de poder aportar a mi patria, de trabajar en cada suspirar para lograr erradicar esa guerra que nos ha cobrado tantas vidas, pues desde el accionar como líder social he logrado tocar miles de vidas y poder apoyar su transformación. Hoy trabajo desde ese Gobierno que un día pretendí hacer cambiar con las balas y las bombas; hoy procuro hacerlo mejorar desde mis acciones como ciudadano y estudiante de Derecho.

Muy pronto seré un buen abogado, defenderé el respeto a la dignidad humana. Estaré al lado del sufrimiento humano.

Mi compromiso será con la vida y la justicia social.

Lo importante para mí es tocar la vida ... dejarme tocar, dejarme afectar y sentir desde dentro que algo se transforma. Esta es mi meta y lucharé para alcanzarla. Espero no defraudar.

Tengo la convicción cada día de que mi HISTORIA CONTINÚA en este mundo haciendo el bien.

Seudónimo: **Onailime**